

XVIII

LA JUSTICIA

El señor abate Coignard, que debiera ser mantenido en el pritáneo por la república agradecida, ganaba su pan escribiendo cartas á las criadas en una covachuela del cementerio de San Inocente.

La casualidad le puso al servicio de una señora portuguesa que recorría la Francia con un negro, la cual pagó dos ochavos por una carta dirigida á su marido y un escudo de seis libras por otra que dirigió á su amante. Era el primer escudo que mi amo recibía desde San Juan. Siendo magnánimo y generoso, me condujo inmediatamente á la *Manzana de Oro*, que está en el muelle de Grève, cerca del Ayuntamiento, donde el vino es bueno y las salchichas deliciosas. Por eso los comerciantes que compran manzanas en el Mallo, acostumbran á reunirse allí próximamente á las doce. Estábamos en primavera: daba gozo respirar el aire. Mi buen maestro dispuso que nos sen-

táramos á la orilla del río, oyendo, mientras comíamos, los chapoteos del agua azotada por los remos de los barqueros. Un ambiente plácido y risueño, nos sumergía en sus ondas sutiles, y nos sentíamos dichosos de vivir al aire libre. Saboreando peces fritos oímos un murmullo de hombres y de caballos que nos hizo volver la cabeza.

Adivinando el objeto de nuestra curiosidad, un viejo negro que comía en la mesa próxima nos dijo con afable sonrisa:

—No es nada, caballeros: es una criada á quien van á ahorcar por haber robado á su señora varias tiras de encaje.

Cuando esto nos decía, vimos, en efecto, sentada en la trasera de un carro, entre dos policías á caballo, á una muchacha bastante hermosa, espantada y con el pecho saliente por llevar los brazos atados á la espalda. Sólo pude contemplarla un momento y, sin embargo, conservaré siempre el recuerdo de aquel rostro blanco y de aquella mirada que ya no veía.

—Sí, caballeros—repuso el anciano negro—, es la criada de la consejera Josse que, por presumir en Ramponeau con su amante, robó á su señora una cofia de encaje de Alençon, huyendo después de cometer el hurto. La prendieron en una casa

del Pont-au-Change, y al punto confesó el crimen, de modo que solamente la torturaron un par de horas. Estoy muy bien enterado de lo que os he dicho, porque soy ujier de la sala del Parlamento donde la juzgaron.

El viejecito negro comióse una salchicha, no dando lugar á que se le enfriara, y prosiguió:

—En este momento estará en la escalera y dentro de cinco minutos, poco más ó menos, la bribona habrá entregado el alma. Hay ahorcados que dan poco que hacer á los verdugos. En cuanto les echan la cuerda al cuello, mueren tranquilamente; y otros continúan viviendo ahorcados, defendiéndose como locos. El más endiablado de todos fué un cura á quien ajusticiaron el año pasado por falsificar la firma del rey en unos billetes de lotería. Durante más de veinte minutos bailó como una carpa colgado de la cuerda.

«¡Eh, eh!—añadió bromeando el hombrecito negro—el señor abate era modesto y no envidiaba el honor de ser obispo de los campos. Le vi cuando le sacaron del carro. Tanto lloraba y se resistía, que el verdugo le dijo: «¡Señor abate, no seáis niño!» Lo más extraño es que, conducido á la horca con otro ladrón, el verdugo le tomó por el confesor, costando gran trabajo convencerle de

que se había engañado. ¿Tiene gracia, verdad?

—No, caballero—respondió mi buen maestro, dejando caer en el plato un pececillo que tenía entre los dientes—. No, no tiene gracia; y la idea de que la pobre moza entrega el alma en este momento, me amarga el placer de comer peces y de ver un cielo tan hermoso que me sonreía tanto.

—¡Ah, señor abatel!—dijo el ujier—; si sois tan delicado, no hubierais podido presenciar sin desfallecer lo que mi padre vió con sus propios ojos, siendo muy niño, en la ciudad de Dijón, donde había nacido. ¿Nunca oisteis hablar de Helena Gillet?

—No—respondió mi buen maestro.

—En ese caso voy á referiros su historia, como mi padre me la refirió muchas veces.

Bebió un vaso de vino, limpióse los labios con una punta del mantel, y dijo lo siguiente:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"D. F. R. REYES"  
México, 1825 UNIVERSIDAD MEXICANA

## XIX

### RELATO DEL UJIER

—En el mes de Octubre de 1624, la hija del castellano real de Bourg-en-Brese, Helena Gillet, de veintidós años de edad, que vivía en la casa paterna con sus hermanos, niños aún, dió muestras tan visibles de embarazo, que aquel acontecimiento fué la comidilla del país, y las señoritas de Bourg dejaron de tratarla. Advirtieron luego que su abultamiento había desaparecido é hicieron tales comentarios, que el magistrado ordenó un reconocimiento. Las comadronas comprobaron que había estado embarazada y había dado á luz quince días antes. Helena Gillet fué conducida á la cárcel, é interrogada por los jueces, declaró:

«—Hace algunos meses, un joven de un pueblo cercano, que vive en casa de mi tío, iba á casa de mi padre á enseñar á escribir y á leer á los niños. Sólo estuvo conmigo una vez, valiéndose

de una criada que me encerró con él en un cuarto. Allí me violó.»

»Y al preguntarla por qué no había pedido socorro, respondió que la sorpresa la dejó muda. Apremiada por los jueces, añadió que, á consecuencia de aquella violación, quedó embarazada y abortó.

»—Además de no haber provocado el aborto—dijo—, hasta lo hubiera ignorado, si una criada no la explicase la verdadera significación de aquel accidente.»

»Los jueces, aunque poco satisfechos de sus declaraciones, no podían contradecirla, cuando un testigo inesperado presentó pruebas contra ella. Era un soldado que, paseándose junto al jardín de Pedro Gillet, castellano real, padre de la acusada, vió en el foso al pie del muro que un cuervo trataba de agarrar le trapo con el pico. Acercóse para enterarse de aquello, y hallando el cuerpecito de un niño recién nacido, dió parte á la justicia. Aquel niño estaba envuelto en una camisa marcada con una H y una G. Comprobaron que había nacido á su tiempo, y Helena Gillet, convicta de infanticidio, fué condenada á pena de muerte. En atención al honroso cargo que desempeñaba su padre, la concedieron que disfrutara el privi-

legio acordado á los nobles, y en la sentencia se ordenó que la cortaran la cabeza. Habiendo recurrido al Parlamento de Dijón, fué conducida bajo la vigilancia de dos arqueros á la capital de Borgoña y encerrada en la Conserjería de la Audiencia. Su madre, después de acompañarla, se retiró al convento de las Bernardas. El Parlamento revisó la causa el lunes 12 de Mayo, en la última audiencia, antes de las fiestas de Pentecostés. Ateniéndose al informe del consejero Jacob, los magistrados confirmaron la sentencia de los jueces de Bourg, disponiendo que la condenada fuese conducida al suplicio con una soga al cuello. Advirtiendo el público que aquella circunstancia infamante iba unida de un modo extraño é insólito á un suplicio noble, criticó tanta severidad, contraria á las costumbres. Pero la sentencia era sin apelación y debía ser ejecutada inmediatamente.

»En efecto, aquel mismo día, á las tres y media de la tarde, Helena Gillet fué conducida al cadalso al son de campanas y entre un cortejo precedido por trompetas que sonaban con tal estrépito, que todos los habitantes de la ciudad, al oirlas desde sus casas, cayendo de rodillas oraron por el alma de la que iba á morir. El fiscal del rey

avanzaba á caballo seguido de sus ujieres. Detrás iba la condenada en un carro, con la soga al cuello, conforme á la orden del Parlamento. La acompañaban dos jesuítas y dos capuchinos, mostrándola á Jesucristo crucificado. Junto á ella iba el verdugo con su cuchilla y la mujer del verdugo, llevando unas grandes tijeras. Una compañía de arqueros rodeaba la carreta, detrás de la cual se apretaba una multitud de curiosos entre los que había gentes de todos los oficios, panaderos, carniceros y albañiles, que alzaban sordo rumor.

»El cortejo se detuvo en la plaza de Morimont, que no se llama así porque sea el lugar donde se da muerte á los criminales, sino en recuerdo de los abates cruzados y mitrados de Morimont, que tenían allí su hotel. El cadalso de madera se alzaba sobre una escalinata de piedra contigua á una capilla donde los religiosos acostumbraban á rogar por el alma de los sentenciados.

»Helena Gillet subió la escalera entre los cuatro religiosos, el verdugo y su mujer, la cual, habiendo quitado á la paciente la soga que le ceñía el cuello, la cortó el pelo con las tijeras que llevaba, y la vendó los ojos; los religiosos rezaron. Entre tanto el verdugo empezó á temblar y á palidecer. Se llamaba Simón Grandjean; era un hombre de

aspecto débil, tan cobarde y dulzón como su mujer decidida y cruel. Había comulgado por la mañana en la cárcel y sin embargo sentíase turbado, falto de valor para matar á aquella muchacha. Inclínandose hacia el pueblo dijo:

»—Perdonadme todos si hago mal lo que he de hacer. Hace tres meses que tengo calentura.

»Luego tambaleándose, retorciéndose los brazos y alzando los ojos al cielo fué, á ponerse de rodillas ante Helena Gillet pidiéndola perdón dos veces. Rogó á los religiosos que le bendijeran y cuando su mujer hubo colocado á la paciente en el tajo, alzó la cuchilla.

»Los jesuítas y los capuchinos exclamaron ¡*Jesús!* ¡*María!* y resonó un suspiro entre la muchedumbre. El golpe que debía cortar la cabeza, sólo abrió una gran brecha en el hombro izquierdo, cayendo la desdichada sobre el lado derecho.

»Simón Grandjean, volviéndose hacia la multitud, dijo:

»—¡Matadme!

»El público protestaba y algunas piedras fueron lanzadas sobre el cadalso mientras la mujer del verdugo colocaba de nuevo la víctima en el tajo.

»El marido recogió la cuchilla. Dando un segundo golpe, hizo una profunda cortadura en el

cuello de la muchacha que cayó sobre la cuchilla escapada de las manos del verdugo.

»Aquella vez el rumor que se produjo entre la multitud fué terrible, y tal lluvia de piedras fué arrojada sobre el cadalso, que Simón Grandjean, los dos jesuitas y los dos capuchinos, huyeron, refugiándose en la capilla, donde se encerraron. La mujer del verdugo, que había permanecido en el cadalso con la paciente, buscó la cuchilla, y no encontrándola, cogió la sogá que llevó al cuello Helena Gillet, y, anudándosela de nuevo y poniéndole un pie sobre el pecho, trató de estrangularla. Helena, cogiendo la cuerda con las dos manos, se defendió, ensangrentada; entonces la mujer de Grandjean la arrastró hasta la escalinata tirando de la cuerda, y una vez allí, le clavó las tijeras en la garganta.

»Hallábase ocupada en esto, cuando los carniceros y los albañiles atropellando á los sargentos y á los arqueros, invadieron los alrededores del cadalso y de la capilla. Una docena de brazos robustos se llevaron á Helena Gillet desmayada á la tienda del señor Jacquín, cirujano barbero.

»El pueblo, reunido ante la puerta de la capilla, pronto la hubiera derribado, si los dos capuchinos y los dos jesuitas no se apresurasen á fran-

quearla, aterrados y con las cruces en alto, abriéndose paso con gran dificultad entre la multitud.

»El verdugo y su mujer cayeron bajo un diluvio de piedras y sus cuerpos fueron arrastrados por las calles. Entre tanto Helena Gillet recobraba el conocimiento en casa del cirujano y pedía de beber. Luego, mientras Jacquín la curaba, le preguntó:

»—¿No me harán ya más daño?

»Comprobaron que había recibido dos cuchilladas, seis tijeretazos que la habían atravesado los labios y la garganta, que sus riñones estaban destrozados por la cuchilla, sobre la cual la mujer del verdugo la había arrastrado al querer ahogarla, y, en fin, que todo su cuerpo hallábase lleno de golpes ocasionados por las piedras que la multitud lanzó sobre el cadalso.

»Sin embargo, sanó de todas las heridas, y en casa del señor Jacquín, vigilada por un ujier, repetía sin cesar:

»—¿Se acabó ya todo? ¿Me matarán?

El cirujano y algunas almas caritativas que la asistían, trataban de tranquilizarla. Pero sólo el rey podía perdonarle la vida. El abogado Febret redactó una súplica que fué firmada por varios ilustres vecinos de Dijón y llevada á su majestad.

Celebraban entonces en la corte las fiestas de la boda de Enriqueta María de Francia con el rey de Inglaterra. En atención á tan fausto suceso, Luis el Justo concedió la gracia pedida, perdonando á la muchacha, en atención á que había sufrido suplicios que igualan y superan á la pena de muerte.

»Helena Gillet, ya curada, se retiró á un convento de la Bresse, donde vivió piadosamente.

»—Así es—añadió el ujier—la verdadera historia de Helena Gillet, que todos conocen en Dijón. ¿No la juzgáis entretenida, señor abate?

## XX

## LA JUSTICIA

(Continuación.)

—¡Ay!—dijo mi buen maestro—, el almuerzo me sentará mal. La horrorosa historia que habéis referido con tanta tranquilidad y la vista de esa criada de la señora Josse que llevaban á ahorcar pudiendo haberlo evitado, me ha revuelto el estómago.

—Pero caballero—replicó el ujier—ya os he dicho que esa muchacha había robado á su señora. ¿Pretenderéis que no ahorquen á los ladrones?

—Es verdad—replicó mi buen maestro—que esa es la costumbre; y como la fuerza de la costumbre es irresistible, no la tomo nunca en cuenta en el transcurso ordinario de mi vida. De igual modo, Séneca el filósofo, que sin embargo era propenso á la dulzura, componía tratados elegantes, mientras que en Roma, cerca de él, crucificaban á los esclavos por faltas ligeras, como vemos en el